

Allison Brown, *The Return of Lucretius to Renaissance Florence*, Cambridge, Harvard University Press, 2010.

David C. REDON

En esta extraordinaria obra de madurez, el estilo claro y templado de la prosa de Allison Brown (1934–) hace re-emergir una de esas peligrosas aventuras tan frecuentemente amordazadas por la historia: vivir *en* el filo de la navaja, *en* la sombra de la cicatriz, “en la frontera que divide la ortodoxia y la heterodoxia”, allí donde brota el librepensamiento. Ni súbdito ni libertino, ni monárquico ni anárquico, el librepensador es autárquico, libertario. Librepensador es aquel que elabora sus juicios y expresa sus veredictos a partir de sus propias experiencias, aquel que razona y actúa siguiendo la lógica de sus propias sensaciones. Justamente porque parte de sus propias sensaciones, el librepensador se aleja de cualquier ideología ajena y de las consiguientes idolatrías; ahora bien, porque razona a su vez estas experiencias, tanto en su vertiente teórica como práctica, esto es porque es sensato y prudente para con los testimonios de los sentidos, se aleja también del mero utilitarismo y la iconoclastia resultante. El librepensador es un empirista trascendental, y se halla tan lejos de ser un inconformista pretencioso como de pretender conformarse con los cánones que presuponen, cuando no proponen o imponen, la costumbre del lugar y el hábito del momento en el que vive.

En ese *hic et nunc* que fue la renaciente Florencia del siglo XV, como todavía lo sería la ilustrada Francia del siglo XVIII, proliferaron los librepensadores. Allison Brown centra su investigación en tres de estos librepensadores florentinos: Bernardo Scala, Marcello Adriani y Nicolás Maquiavelo. Ellos simbolizan el faro todavía hoy visible de aquella época, casi tan oscura como su precedente; en tanto que símbolos, sintetizan el sentir de aquellos días. No se trata de un sentir cualquiera. Apelando por igual a la astucia y a la prudencia, tienen la sensatez de no ser temerosos y la prudencia de no ser temerarios. Esta tensión contradictoria o pasión calma, este sentir, solemnemente manifiesto en la sonrisa de Maquiavelo, expresa no el *Zeitgeist* del Renacimiento sino su intempestivo

(*unzeitgemäßig*) anhelo de un *porvenir*. Estos florentinos viven en la meseta aristotélica, en ese justo medio que florece cuando se tiene el valor de confrontar el pasado y la valentía de arrostrar el futuro, cuando se tiene el coraje de habitar *en* la bisagra del presente para encararlo en plenitud. Esto fue precisamente lo que “interesó a muchos florentinos ordinarios (...) principalmente a mercaderes y exploradores”, quienes hallaron en esos hombres extraordinarios algunas respuestas a sus inquietudes cotidianas.

Sin embargo, un siglo más tarde, a principios del siglo XVI, este brote epidémico se desvaneció sin apenas dejar rastro. Las monarquías hallaron entonces en la religión la herramienta para legitimar la instauración de su poder en la tierra, mientras que ésta halló en aquéllas el instrumento para patrocinar y resguardar su poder supraterrrenal. Repartición de poderes y mutua cooperación para aplacar esas diferencias libres, insurrectas e infieles. Aun así, esta maquinaria, que no tardaría en mostrarse despótica y absolutista, no hubiera sido posible sin antes amordazar a los librepensadores, cuyo modo de vivir empezaba ya a extenderse peligrosamente entre el *popolo llano*. Ahora bien, ¿cómo pudo frenarse un tal contagio hasta llegar incluso a remitirlo (casi) por completo? Es más, ¿cómo pudo extenderse?, ¿cuál fue el germen del que fulguró, y de dónde surgió? Esto fue precisamente lo que interesó a Allison Brown. En la encrucijada de estos tres interrogantes se desvela el escondite desde el que dirige su mirada escudriñadora.

Para que una epidemia remita, a menudo es suficiente con esperar a que se extinga por inanición o por extenuación, por defecto o por exceso, pecado o desmesura. Ciertamente, algunas veces los rizomas se transforman en raíces, cristalizando en nuevas rutinas; otras, las flores se separaran del tallo, disipándose en el libertinaje. La pereza y el desenfreno siempre han causado estragos en los pueblos, silenciosa guerra intestinal por la cual si no se ahogan se evaporan. Pero la Florencia renaciente, sensata y prudente, logró zozobrar y mantenerse en esa delicada línea de flotación, por lo que la manufactura humana tuvo que intervenir para frenar el contagio. La brida más efectiva, la de mayor calado histórico, fue la guerra abierta que declaró la ortodoxia religiosa; su nueva arma, la censura a la apenas octogenaria prensa. Hasta entonces, la ortodoxia católica había dispuesto de la acusación de herejía con la que instigar al acusado a retractarse. Esta práctica no desapareció inmediatamente; pero junto a ella, y nacida de su mismo seno, irrumpió una nueva práctica, más silenciosa, más insidiosa. En efecto, ¿de qué servía ya

amordazar a un hereje si sus obras seguían platicando por él? Retractarse no tenía más efecto que el de hacer visible, y además de un modo ruidoso, al instigador, para vergüenza suya y como ejemplo para los demás; con la censura, por el contrario, se hacían desaparecer también los libros, esos mudos aunque no silenciosos legados de los muertos, haciendo así invisibles e inaudibles las ideas en ellos expresadas. Con la censura no sólo se mitigaba el contagio sino que se conseguía incluso hacer erradicar el germen infeccioso. Y es que cuando matando el perro no muere la rabia, siempre queda alejarla de los ojos para que el corazón no la sienta.

Ambas prácticas, la acusación y la censura, se hallan recogidas en los documentos históricos de la época. Allison Brown se dedica a perseguir estos documentos y a reseguir minuciosamente el rastro de los hechos allí enunciados, yendo de unos a otros para poder responder de este modo a unas inquietudes que no sólo son las suyas. La sobriedad propia del rigor filológico y la tenacidad de la pasión histórica exigen sacar a la luz esos pequeños acontecimientos silenciosos. Así, con la intención de serenar el reciente contagio libertario la ortodoxia católica censuró en 1517 un libro por aquel entonces apenas conocido, el *De rerum natura* de Lucrecio. El remedio nos informa de la enfermedad: el poema de Lucrecio es la simiente, el manantial de la elocuencia libertaria. Esta obra, que hasta un siglo antes se consideraba perdida, había sido redescubierta por el humanista Poggio Bracciolini en 1417. Ambos acontecimientos son el alfa y el omega de esa otra aventura renacentista, y entre ambos jalona la investigación de Allison Brown, quien no pretende demostrar nada, sino sencillamente mostrar, o como ella misma manifiesta, “explorar –como merodeadora– el resucitado interés por Lucrecio y Epicuro, esa área mal definida que se halla en la frontera que divide la ortodoxia y la heterodoxia”, no siendo ni una ni otra. Frontera, brecha, margen, distopía –o también, después de todo lo acontecido, cicatriz– son diferentes maneras de decir el *topos* del librepensamiento y la autarquía, siempre presentes, aunque a veces latentes en el devenir histórico.

Durante el período que media entre 1417 y 1517 el epicureísmo “circuló por doquier, (...) de un modo más generalizado y amenazador de lo que nos han hecho creer”. Se trata, pues, de inquirir y analizar las diversas causas de esta expansión. Allison Brown muestra en este terreno de la investigación un buen olfato y una delicada sensibilidad expositiva. A pesar de la prodigalidad de fechas, lugares y personajes

históricos, propia del rigor filológico, la autora consigue crear sencillas secuencias narrativas en las que ilustra los complicados armazones de hechos con una admirable claridad, digna del más sobrio historiador.

Contribuyó al retorno del librepensamiento y la autarquía una feliz conjunción entre la inusitada curiosidad intelectual de ciertos florentinos y su influyente posición social. El primer puntal lo asentó el *Pater Patriae* Cósimo de Médici, político y banquero de Florencia, quien tras el afortunado hallazgo del *De rerum natura* mandó traer de Constantinopla las *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres* de Diógenes Laercio. El propósito era traducir y estudiar la *Vida de Epicuro*, último de los diez libros que componen dicha obra; en 1433, Ambrogio Traversari concluyó la primera traducción al latín. Sin embargo, quienes realmente incidieron en la expansión de la piara de Epicuro fueron otros curiosos personajes influyentes, autores en los que ahonda el estudio de Allison Brown. Tanto Bracciolini como Scala y Adriani fueron profesores universitarios, transmitiéndose el legado de unos a otros. Además, los tres se sucedieron en el cargo de canciller de la república florentina (en 1453, 1459 y 1498 respectivamente, si sustraemos el breve excurso de Savonarola, entre 1494 y 1498). En cuanto a Maquiavelo, alumno y amigo de Adriani, fue secretario de la cancellería que éste último gobernaba. Desde estas posiciones influyentes, todos ellos se encargaron de cultivar y promover entre sus conciudadanos unas ideas bien distintas a las de la época, una época que ya había sabido hacer suyas las ideas de Platón y Aristóteles.

Diversos hitos testimonian de esta actividad. Por un lado, durante todo el siglo XV el poema de Lucrecio y la *Vida de Epicuro* fueron copiados en numerosas ocasiones; seguidamente, con la invención de la imprenta, se hicieron diferentes ediciones impresas de los mismos – de aquí los diversos manuscritos y versiones que conservamos. En su Apéndice, Allison Brown nos descubre incluso un Maquiavelo amanuense –cuyo manuscrito del *De rerum natura* todavía se conserva– y nada ajeno al mundo de la imprenta. Por otro lado, se incide no sólo en la publicación de esos textos antiguos sino también en la creación de nuevas obras. En esto consiste precisamente ese otro Renacimiento, ese otro sentir: no en la rememoración nostálgica de un pasado (Ficino) ni en la recreación utópica de un futuro (More) –ambos tan edénicos como alejados del presente– sino en el renacimiento de un presente plenamente presente que arrostra un

nuevo porvenir. Y este porvenir se forjó a partir de “una larga experiencia de las cosas modernas y una continua lectura de las del pasado”, de un pasado mucho más epicúreo de lo que nos han hecho creer, un pasado distinto del que había sido recuperado siglos antes por Alberto el Grande y Tomás de Aquino. Fue confrontando ese otro pasado, como Marx lo confrontó para distanciarse de Hegel, que estos hombres arrostraron un futuro y encararon su presente. Por eso mismo, las obras de Scala, Adriani y Maquiavelo responden a las esperanzas de la época; y por eso también rebosan de citas literales de Epicuro y Lucrecio, aunque éstos apenas aparezcan mencionados por sus nombres. El inmenso valor del trabajo de Allison Brown consiste en rastrear esas citas veladas, cotejarlas con los textos epicúreos y mostrar la exacta correspondencia de unas y otras.

Aun así, si bien estos hechos reúnen las condiciones necesarias para el retorno de Lucrecio y Epicuro, no lo explican todavía. Para ello es necesario que éstos sean bienvenidos. Aquí acude esa fina sensibilidad de la autora, quien tan pronto atiende a la literalidad de los documentos como al céfiro que de éstos se desprende. En efecto, por las exigencias de sus cargos políticos y por su implicación en los mismos, estos florentinos extraordinarios se dirigían a sus conciudadanos y lo hacían con discursos en los que abundaban ideas, ideas epicúreas con inmediatas consecuencias prácticas. Pregonaban la mortalidad del alma, la quimera de la otra vida, la despreocupación olímpica de los dioses hacia los trasuntos humanos, la inexistencia de castigos y premios; liberaban así a sus conciudadanos del temor a la muerte, aunque para evitar el temerario desenfreno los exhortaban a su vez a ser *virtuosos*. Abogaban además por la eternidad del cosmos y negaban cualquier *fiat* creador; por eso explicaban las diferencias (sexuales, raciales, culturales, comportamentales) como fruto de los imprevisibles envites que se dan en la historia, una historia cíclica, cuyas evoluciones e involuciones, cuyos éxitos y fracasos dependen, hasta cierto punto, de nuestra facultad de ser virtuosos y de nuestra capacidad de aprovechar las escasas *ocasiones* que la Historia nos ofrece. Hasta cierto punto, pues defendían también la existencia de la *Fortuna*, una fuerza superior a nuestras habilidades, una fuerza que se muestra tanto más benévola cuanto más virtuosos somos y por lo mismo tanto más cruel cuanto menos nos esforzamos; y es que como decía Epicuro, “la fortuna tiene poca incidencia sobre el sabio”, esa persona virtuosa que sabe aprovechar la ocasión – aunque no por ello deja de tener incidencia.

Esto fue lo que interesó a esos florentinos ordinarios, gente pietista de la campiña, personas temerosas de la omnipotencia divina; y también a aquellos exploradores, atónitos ante los indígenas hallados en los Nuevos Mundos, no sólo en América sino también y sobre todo en África; y también a aquellos mercaderes del mediterráneo, acostumbrados a sufrir los embates de la Fortuna, quien tan pronto les permitía llegar a buen puerto y prosperar en sus negocios como hacía naufragar sus embarcaciones y los sumía en la miseria. Todos ellos hallaron respuestas a sus inquietudes más cotidianas. Fue entonces cuando Epicuro y Lucrecio decidieron retornar, propagándose de nuevo el librepensamiento y la autarquía. De hecho, tanto las innovaciones políticas del Renacimiento como la posterior revolución de la filosofía moderna se comprenden mejor si se tiene en cuenta la importancia que Epicuro y Lucrecio ejercieron en el pensamiento y la vida de los siglos XV y XVI.

Sin embargo, por negar tanto el intervencionismo como la creación y la providencia de Dios, los librepensadores fueron acusados de herejes y sus obras fueron censuradas. Amordazados, casi olvidados, retornan todavía de vez en cuando, aunque ahora sólo como estrellas fugaces; invariablemente reciben el mismo trato: la historia rebosa de Brunos quemados en la hoguera, Spinozas apuñalados por la espalda, Nietzsches condenados al ostracismo. Aún así, el librepensamiento y la autarquía siguen perviviendo en el anonimato. Por eso resulta importante conocer los distintos avatares históricos por los que éstos discurren, pues nos advierten de los peligros que todavía nos acechan.